FORMACIÓN Discípulos para Entrenar

Sesión 9: Entrega (5a)

Ofrecido por Ron Lively, M.Div., M.A. – BiblicalMentoring.org (Estudios)

Paso 1: Oración de apertura

Paso 2: Cada persona cita el versículo de la memoria: VERSO: **Lucas 14:33**

33 Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo. (RV1960)

Paso 3: *Lee y debate todo o parte del capítulo bíblico* ***– Lucas 14***

Paso 4*:* Preguntas para solicitudes personales y/o discusiones en grupo:

1. En esta lección, aprenderás que la sumisión es mucho más que obediencia.

2. ¿Ves cómo la frase "Toma mi yugo" Jesús nos invita a someterse a la autoridad de Cristo – a confiar en Él?

3. Aprenderemos que el uso que hace Cristo de la palabra "odio" se refiere a la autoridad a la que una persona se somete, no a los afectos naturales.

4. Leeremos una historia que ilustra las serias implicaciones de elegir qué autoridad obedecer: la autoridad civil, la autoridad del marido o la autoridad de Cristo.

5. Aprenderemos la implicación de ser un "hombre muerto", es decir, haber muerto para uno mismo y vivir en y para Cristo mientras renunciamos a todos los derechos incluso a las bendiciones.

Paso 5*: Lee y comenta el contenido del libro:*

Capítulo 5a según el autor – Keith Phillips:

La sumisión alegre es la segunda marca de un discípulo. La sumisión es mucho más que obediencia. Es una actitud interna de confianza en tu Dios soberano, amoroso y omnisciente. Durante mi primer año en Watts, caminaba por la calle 103 con tres amigos adolescentes. De repente, uno de los chicos gritó: "¡Al suelo!" Un segundo tipo me empujó justo cuando una bala pasaba por encima de mi cabeza. Me quedé conmocionado. Mientras me sacudía, les pregunté cómo sabían que iban a disparar una bala, especialmente porque venía de detrás de nosotros. Uno de ellos me sonrió y bromeó: "¿Quieres decir que tienes educación en UCLA y no sabes el sonido de un arma amartillándose?" Agradecí su experiencia y desde entonces me alegré de someterse a su liderazgo para sobrevivir en la calle. Nunca tuvieron que decirme nada dos veces. Su palabra era ley. Confiaba en ellos.

Cristo nos invita a confiar en Él: "Venid a mí todos los que estáis cansados y cargados de pesas, y os daré descanso. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, porque soy amable y humilde de corazón; y encontréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil y mi carga es ligera" (Mateo 11:28-30). "Tomad mi yugo" significa someterse a la autoridad de Cristo, confiar en Él. La sumisión es la condición previa para el descanso que Cristo promete a sus discípulos. Cuando empecé a conducir un coche, observé a regañadientes el límite de velocidad. Sin embargo, mi motivación para obedecer la ley no era la confianza, sino el miedo. No quería recibir una multa y enfrentar las consecuencias de pagar una multa y mayores primas de seguro. El Estado quedó satisfecho con mi cumplimiento de su autoridad, independientemente de mi motivación.

Pero Cristo no está complacido solo con la obediencia; También quiere que sus discípulos sean sumisos —que confíen en Él. Hay una gran diferencia entre la sumisión y la obediencia. Los fariseos ofrecen un ejemplo clásico de obediencia sin sumisión. Obedecieron la letra de la Ley sin comprender el espíritu por el que Dios quería que se interpretara. No confiaban en el juicio de Dios porque Su ley superior de amor les era ajena. La Biblia también registra incidentes de sumisión sin obediencia. Si las leyes de los hombres entran en conflicto con las leyes de Dios, el discípulo aún puede mantener un espíritu sumiso demostrando abiertamente su confianza en Dios. Pedro y Juan mantuvieron un espíritu sumiso hacia Dios incluso mientras desobedecían una ley injusta. Cuando quienes tenían autoridad sobre los apóstoles les ordenaron dejar de enseñar sobre Jesús, se negaron a obedecer (Hechos 4:18-20). Reanudaron su enseñanza sobre Cristo e incluso oraron por audacia al hacerlo. Su sumisión a la suprema autoridad de Dios requería que desobedecieran sus autoridades temporales. Cabe señalar que Pedro y Juan no ocultaron su desobediencia, sino que predicaron abiertamente, confiando en Dios las consecuencias. Estaban dispuestos a sufrir más castigos si así dictaba las autoridades, sabiendo que su obediencia pública a Dios le traería gloria. Si los apóstoles hubieran sentido culpa si alguien les "pillaba" haciendo lo que creían correcto, no habrían tenido un espíritu sumiso. Un acto realizado con un espíritu sumiso no causa culpa. Si un discípulo desobedece abiertamente las autoridades temporales en obediencia directa a la voluntad de Dios, como la oración ilícita de Daniel (Daniel 6:10), y está dispuesto a sufrir las consecuencias, es sumiso. En los años 60 muchos cristianos participaron en protestas no violentas contra las leyes injustas de la discriminación racial. Sabían que todos los hombres fueron hechos a imagen de Dios y que la dignidad es nuestro derecho de nacimiento. Los creyentes negros se sentaban ilegalmente en asientos reservados para pasajeros blancos de autobús y solicitaban audazmente servicio en restaurantes blancos. Desafiaban abiertamente a las autoridades civiles obedeciendo una ley superior. Durante sus manifestaciones, estos cristianos permanecían sumisos a Dios: libres de culpa y dispuestos a sufrir las consecuencias. Un discípulo se esfuerza por mantener una actitud de confianza en la autoridad de Dios sin importar el coste. Cuatro verdades bíblicas le guían en esta búsqueda.

La autoridad de Cristo es suprema

Jesús dijo: "Si alguien viene a mí y no odia a su propio padre, a su madre, a su esposa, a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, sí, e incluso a su propia vida, no puede ser mi discípulo. Quien no lleva su propia cruz y viene después de mí no puede ser mi discípulo" (Lucas 14:26,27). El uso del odio por parte de Cristo aquí se refiere a la autoridad a la que una persona se somete, no al afecto natural. Tu sumisión a Cristo, tu confianza en Él, debe ser tan grande que, en comparación, tu lealtad a autoridades en conflicto sea como odio. Someterse tan completamente a la autoridad de Cristo es irrazonable para cualquiera que no sea un hombre muerto—es decir, para quien ha hecho de Cristo el Señor de su vida. La gente del centro de la ciudad a menudo se enfrenta a autoridades en conflicto. Hattie es la madre de varios de nuestros niños del club bíblico. Viven en extrema pobreza, a menudo sin comida ni ropa suficiente. Mientras satisfacíamos las necesidades físicas de esta familia en el nombre de Cristo, Hattie llegó a amar a Jesús y obedeció su mandato de seguirle.

Heh, su marido era un "mula", un transportador de narcóticos desde México hasta el sur de California. Frecuentemente, obligaba a Hattie y a sus hijos a ayudarle. Ataba un paquete de heroína a la pierna de Hattie, ocultándolo bajo su vestido. O lo sujetaba a sus hijos bajo la ropa. Amenazaba con golpear o incluso matar a su familia si se negaban a obedecer. Motivados por el miedo al abuso físico, del que frecuentemente habían sido víctimas, obedecían. Cuando Hattie aceptó a Cristo, enfrentó una grave crisis. Sabía que estaba desobedeciendo a Dios al romper la ley del país y poner en peligro a sus hijos. Pero si se negaba a obedecer a su marido, las consecuencias serían terribles. ¿Qué autoridad tiene prioridad? ¿A quién debía someterse, a Cristo o a su marido? Jesús no dejó dudas. La autoridad de Cristo es suprema (Mateo 23:10). Así que, arriesgando su propia vida y la de sus hijos, Hattie obedeció a Cristo, tomó su "cruz" y le siguió.

Mientras luchaba por entender lo que significaba para mí confiar en Dios, Lucas 14:33 me llegó al corazón: "Así que nadie podrá hacerse mi discípulo si no se sienta y cuenta sus bendiciones—y luego las renuncia a todas por mí" (LB, cursivas añadidas). Cuando enumeré mis bendiciones, todas las cosas que considero más importantes—mi esposa, mis hijos, mi trabajo, mi salud, mis amigos, mi reputación, mi hogar—me di cuenta de que cualquiera de ellas podría ser mi Dios. Tuve que admitir que si Dios decidía quitarme una o todas ellas, me enfrentaría a una verdadera crisis. Pero entonces Dios me recordó que yo estaba muerto. Y que un muerto no tiene posesiones. Renuncié a todos los derechos sobre estas bendiciones cuando Cristo se convirtió en el Señor de mi vida. Ahora simplemente me las está prestando. Si Dios elige en su sabiduría divina eliminar una o todas estas cosas que tanto valoro, creo que Él sabe mejor y me dará la gracia para seguir deleitándome en Él. Algunos creyentes le ponen matices a su obediencia, como: "Iré a cualquier parte por ti, Dios, excepto Watts", o "Haré lo que me pidas, Señor, si me garantizas que no le pasará nada a mi esposa." Esto realmente significa: "No iré a ningún sitio ni haré nada, Señor, a menos que yo lo apruebe." Siempre que ponemos una condición sobre nuestra obediencia a Dios, negamos por completo nuestra confianza en Él. Cualquier reserva sobre someternos a Dios revela que creemos que podemos cuidarnos mejor que Dios, que Dios no sabe qué es lo mejor para nosotros. ¡Qué tonto! Cualquier cosa menos que una sumisión alegre es una negación de la suprema autoridad, sabiduría y amor de Dios, y de nuestra automuerte.

pp. 47-51a

***Paso 6**: Comparte peticiones personales de oración y luego cada persona reza por las peticiones de la otra.*

Fuente: La formación de un discípulo por el Dr. Keith Philips. Publicado por Fleming H. Revell Company, 1981. ISBN 0-8007-1181-5. Introducción de Robert E. Coleman. El contenido (excepto las preguntas de estudio) está extraído del libro sin revisiones.

Revisado 20261011